



# MEDICAMENTA



S U P L E M E N T O I N F O R M A T I V O

Se publica los dos sábados siguientes al que aparece la Revista ★ Editado por el Instituto Farmacológico Latino, S. A. ★ Sección de Información Científica y Propaganda ★ Redacción y Administración: Ríos Rosas, 37. Apartado 160. Central tel. 33 47 00 Madrid.

AÑO XVI N.º 323

MADRID. 24 DE MAYO DE 1958

1.º SUPLEMENTO

DEPÓSITO LEGAL M. 1.052.—1958

• TRIBUNA LITERARIA •

## ESTUDIO LO MAS PROFUNDO POSIBLE SOBRE LA LONGEVIDAD

NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ

Fallecido, al fin, aquel buen señor que dicen que logró alcanzar los ciento sesenta y siete años, recibo noticias concretas referentes a un campesino de Venezuela, en la linde con Colombia, que cuenta los ciento veinticinco. Es una edad bastante avanzada, si se la coteja con la que tenemos la mayoría de los que andamos por el mundo, pero no resulta excesiva, si se la compara con el señor que vivió ciento sesenta y siete. De todos modos, es importante el ejemplo, porque el venezolano que nos ocupa ha empezado ahora a usar gafas. Si calculamos el número de años de gafas que nos tocan al promedio de los mortales, el longevo campesino puede vivir aún treinta o cuarenta más.

El problema más interesante que nos planteamos los estudiosos en estos casos es el de averiguar las causas de la longevidad. ¿Cómo se las arregla uno para alcanzar esas edades? Porque ya es sabido que, sin cesar de maldecir al mundo y declarar que la vida es un asco, de aquí no se va nadie más que a la fuerza. Todo el mundo desea llegar a los ciento veinticinco años, y quiere saber cómo se hace.

Lo corriente es interrogar al propio interesado; pero esto no conduce a ninguna parte. Dan unas respuestas que no resultan de aplicación práctica y a veces producen sorpresas extraordinarias. El venezolano que nos ocupa afirma que ha logrado vivir tantos años gracias a que se ha bañado siempre con el sombrero puesto. Yo no me reíría, como ustedes. Precisamente lo raro de la afirmación es lo que la convier-

té en digna de ser meditada. No es que yo, en el terreno científico, del que procuro no apartarme, la acepte, sino que, con firme lógica, la estimo digna de consideración.

Veamos. El número de personas llegadas a los ciento veinticinco años es tan reducido, que, por el momento, no se sabe de otra más que de ese campesino venezolano que nos ocupa. El número de personas que se bañan con el sombrero puesto es asimismo tan escaso, que, a pesar de echarse de menos las estadísticas oportunas, no se sabe de nadie más que del ya mentado campesino. Es así que (según conclusiones provisionales, porque todo es provisional en la ciencia) no hay más que un hombre de ciento veinticinco años de edad y no hay más que un hombre que se baña con el sombrero puesto, y ambos son la misma persona, es forzoso concluir que entre ambos hechos existe una relación.

No deseo pecar de ligero, cosa tan impropia en un científico, y por eso no hago más que esbozar y apuntar, sin dejar sentado nada en definitivo. Los buenos estudios científicos se escriben para plantear problemas y demostrar lo difíciles y complicados que son; pero no para resolverlos. Aquí seguimos la línea tradicional. Y llegamos al punto en el que, del orden de la materia, pasamos al del

espíritu, que es donde residen todos los secretos, el de la longevidad inclusive. Para vivir muchos años, aparte de fumar o no fumar, de beber o no beber y de otros recursos contradictorios, cuyo empleo pueda recomendarse, hay otras recomendaciones que a mí me parecen de mayor eficacia, como, por ejemplo, la de no llevarse disgustos. Si las mujeres viven, por término medio, más que los hombres, ello se debe a que no se toman más que disgustos pequeñitos, mientras nosotros nos los tomamos grandes. Ellas se disgustan por el precio del tomate, y nosotros, por los problemas del Lejano Oriente. No hay ni comparación, ¡caramba!

Decía que pasábamos al plano espiritual porque, siguiendo las reflexiones sobre el argumento anterior, cabe que los dos hechos relacionados—los ciento veinticinco años y bañarse con el sombrero puesto—procedan los dos de un tercero que sea la verdadera causa de ambos. Si, dicho sea con el más afectuoso respeto, el campesino venezolano se baña con el sombrero puesto, porque está como una cabra, puede suceder que ese estado mental, alejándole de preocupaciones, desvinculándole de los disgustos que nos llevamos todos diariamente, sea también la causa de que haya alcanzado tan prolongada edad.

Esto presenta el problema bajo una faz distinta y más honda. Y la hondura es lo que nosotros buscamos. Yo creo que se comete un error muy grave buscando las causas de la longevidad exclusivamente en el orden físico. Inducen a ello los millones de ejemplos de bulto que la Historia nos presenta. La peritonitis, la trombosis, los camiones y otras plagas

(Pasa a la pág. siguiente.)

# PANCRISINA

MÚLTIPLES  
VITAMINAS

de la humanidad en el orden físico, resultan un claro obstáculo, en realidad insuperable, para alcanzar una edad muy avanzada. De aquí es fácil pasar a la consecuencia de que salvando al organismo de enfermedades, es posible vivir mucho. Por eso siempre que nos encontramos ante un caso de longevidad extraordinaria empieza la investigación: ¿Qué come esta persona? ¿Qué bebe? ¿Fuma o ha fumado? ¿Hace alpinismo o vida sedentaria? ¿Duerme con la ventana abierta o cerrada?

Es, lo que suele decirse, el cuento de nunca acabar, porque las encuestas a base de ese cuestionario brindan los resultados más contradictorios entre sí. Hay centenarios que fuman sin parar y otros que no han fumado nunca, y hasta recuerdo haber visto el retrato de una anciana centenaria fumando en pipa. Hay centenarios que no han bebido nunca más que agua, y otros que se desayunan con su copita de aguardiente para lo que llaman "matar el gusanillo". Hay centenarios—aunque menos—que han escalado los Alpes, y otros que no se han paseado más que por el pasillo de su casa. No hay modo de obtener de esto una consecuencia general. Lo que suele hacerse es que cada cual deduce la conclusión que más le conviene para demostrar que tiene razón en las tesis que ha sostenido. Y si por casualidad—que yo lo dudo mucho—aparece algún centenario que afirma haberse desayunado con lechuga durante toda la vida, los vegetarianos organizan un repique general de campanas y salen a la calle dando saltos de gozo y proclamando que las chuletas a la brasa son una amenaza para la humanidad.

Nada de esto tiene un adarme de seriedad científica. Presupuestas las condiciones normales de sanidad, y aun faltando muchas de ellas a veces, la longevidad se funda en la impermeabilidad a los disgustos. Hay personas que en cuanto ven un disgusto a lo lejos, entran en una especie de frenesí gritando: "¡Que no lo toque nadie, que es para mí!" Y se lo llevan, desde luego. A consecuencia de él no duermen aquella noche, se les quita el apetito y les dan palpitaciones. Todo eso es una lima implacable de la existencia humana.

Los disgustos son inevitables como los catarros. Pero siempre hay una dosis de ellos que nos quieren dar y que nosotros estamos en el deber de no tomar. Y

no tomándonos más que los disgustos indispensables, podemos, acaso, darles a nuestros parientes y amigos el disgusto que les producirá que vivamos más de cien años. Los sobrinos, esperando a ver qué pasa, y nosotros, ¡hala!, a vivir.

(Viene de la pág. anterior.)

de la humanidad en el orden físico, resultan un claro obstáculo, en realidad insuperable, para alcanzar una edad muy avanzada. De aquí es fácil pasar a la consecuencia de que salvando al organismo de enfermedades, es posible vivir mucho. Por eso siempre que nos encontramos ante un caso de longevidad extraordinaria empieza la investigación: ¿Qué come esta persona? ¿Qué bebe? ¿Fuma o ha fumado? ¿Hace alpinismo o vida sedentaria? ¿Duerme con la ventana abierta o cerrada?

Es, lo que suele decirse, el cuento de nunca acabar, porque las encuestas a base de ese cuestionario brindan los resultados más contradictorios entre sí. Hay centenarios que fuman sin parar y otros que no han fumado nunca, y hasta recuerdo haber visto el retrato de una anciana centenaria fumando en pipa. Hay centenarios que no han bebido nunca más que agua, y otros que se desayunan con su copita de aguardiente para lo que llaman "matar el gusanillo". Hay centenarios—aunque menos—que han escalado los Alpes, y otros que no se han paseado más que por el pasillo de su casa. No hay modo de obtener de esto una consecuencia general. Lo que suele hacerse es que cada cual deduce la conclusión que más le conviene para demostrar que tiene razón en las tesis que ha sostenido. Y si por casualidad—que yo lo dudo mucho—aparece algún centenario que afirma haberse desayunado con lechuga durante toda la vida, los vegetarianos organizan un repique general de campanas y salen a la calle dando saltos de gozo y proclamando que las chuletas a la brasa son una amenaza para la humanidad.

Nada de esto tiene un adarme de seriedad científica. Presupuestas las condiciones normales de sanidad, y aun faltando muchas de ellas a veces, la longevidad se funda en la impermeabilidad a los disgustos. Hay personas que en cuanto ven un disgusto a lo lejos, entran en una especie de frenesí gritando: "¿Que no lo toque nadie, que es para mí!" Y se lo llevan, desde luego. A consecuencia de él no duermen aquella noche, se les quita el apetito y les dan palpitaciones. Todo eso es una lima implacable de la existencia humana.

Los disgustos son inevitables como los catarros. Pero siempre hay una dosis de ellos que nos quieren dar y que nosotros estamos en el deber de no tomar. Y



## HORTENSIA Y LA PRIMAVERA

SANTIAGO LOREN

(Tanto Mejor y Tanto Peor salen cada uno de su despacho llamando a Hortensia.)

T. P.—¡Enfermera, enfermera!

T. M.—¡Hortensia!

T. P.—¿Pero dónde se ha metido esta mujer?

T. M.—Quizá esté charlando en

no tomándonos más que los disgustos indispensables, podemos, acaso, darles a nuestros parientes y amigos el disgusto que les producirá que vivamos más de cien años. Los sobrinos, esperando a ver qué pasa, y nosotros, ¡hala!, a vivir.



TERAPEUTICA DE TODOS LOS SÍNDROMES DE INSUFICIENCIA GONADO-HIPOFISARIA

**GONADOGEN**

NOMBRE REGISTRADO

Gonadotropina sérica de yeguas grávidas purificada y controlada por rigurosos métodos biológicos.



INSTITUTO FARMACOLOGICO LATINO, S. A. - MADRID

la sala de espera. (Se asoma.) ¡Demonios, esto es peor! ¡No hay enfermera ni enfermos!

T. P.—¡Vamos, hombre, no bromees! ¡Si estaba la sala llena! (Se asoma a su vez y luego mira a T. M., estupefacto.) ¡Ni uno! (Los dos doctores, mudos de asombro, se contemplan sin saber qué hacer.)

T. M.—(Con la voz ronca, por el estupor.) ¡No! Los dos locos no hemos podido volvernos. Tampoco es posible que seamos los protagonistas de una novela de Kafka. ¡Serenidad, serenidad! ¡Procedamos con orden! Esta es nuestra casa, ahí está el balcón, como siempre; a través del balcón tenemos que ver la plaza y la gente... (Se acerca al balcón, mira a través de los vidrios y da un grito.) ¡Ahí, ahí está!

T. P.—(Abalanzándose al balcón.) ¡Maldita mujer! ¡Sentada en un banco y con todos los enfermos alrededor, como una clueta con sus pollitos! ¡Esto sí que no se lo aguantó! (Salen los dos al balcón, vociferando.)

T. P.—¡Enfermera, enfermera!

T. M.—¡Hortensia, Hortensia! (Parece ser que les ha oído, porque vuelven en silencio a la habitación y en silencio ominoso que anuncia tempestad esperan a pie firme la llegada de Hortensia.)

Hortensia.—(Entrando sonriente.) ¿Llamaban?

T. P.—Esta desfachatez ya pasa de la raya.

T. M.—Que desaparezca usted está muy mal; pero, ¡que se lleve a los enfermos...!

Hortensia.—No, si no me los he llevado. Han subido conmigo y están ahí afuera. Es que hacía un día tan bueno... Primer día bueno

de esta Primavera. El sol, los árboles todos verdes... Por otra parte, el doctor Tanto Peor estaba con su microscopio y usted tenía para rato con esas radiografías; los pobrecitos enfermos, arrugaditos en sus sillas y de espaldas al sol y a la Primavera. Total: que los he sacado de paseo, como hacen las maestras con los niños de las escuelas el primer día primaveral del año.

T. P.—¿Pero usted cree que esto es serio?

Hortensia.—¿Y por qué hemos de hacer sólo lo que parezca serio? ¿Por qué no hemos de obedecer más al impulso de las cosas que resultan agradables?

T. M.—Agradable para usted; pero a los enfermos les ha gustado esta rara manera de esperar al médico?

Hortensia.—¿Que si les ha gustado? Mire usted: el viejecito ese que tuvo hace dos meses un infarto de miocardio me decía: "Esta es la primera vez en dos meses que me siento animoso y feliz." ¿Y saben ustedes por qué?

Porque los enfermos crónicos se ven obligados a pasarse las mejores horas de su existencia, las horas de sol y de alegría callejera, en las salas de espera y llegan a olvidarse de que la vida sigue, de que en la plaza hay niños jugando, gente con ilusiones y con esperanza, de que la salud no es algo raro, incomprensible para los que habitan el pequeño y doloroso mundo de las salas de espera. ¡Ah, si pudieran emplear como antesala de la consulta los parques públicos! ¡Qué grandes éxitos terapéuticos!

T. M.—¿Usted cree?

Hortensia.—¡Naturalmente! Sería muy distinto llamar a un señor cualquiera de los que estuviera mezclado con la muchedumbre alegre que se mueve bajo el cielo y el sol y decirle: "Venga usted un momento; parece que está un poco pachucho y tengo interés en dejarle nuevecito y fresco como los demás." En cambio, hacen falta muchas inyecciones y mucha ciencia para convencer a un alicaído ser, sumergido en una sala llena de enfermos, de que hay alguna posibilidad de sacarlo del abismo.

T. M.—Pero, imagínese... ¿Qué diría el Ayuntamiento si le pidiéramos los parques para estas cosas?

Hortensia.—Desde luego resulta difícil. También cabría la solución de citar a los enfermos uno por uno y a horas raras: las dos de la madrugada, un poco antes de cenar o algo así. Podríamos decirles: "Viva usted su vida, ha-

## INFORMACION SANITARIA



### CONGRESOS, ASAMBLEAS, CURSILLOS

#### XVIII CURSO DE UROLOGÍA, EN BARCELONA

Con la proyección de dos films, uno sobre Cistoscopia y otro sobre Uretroscopia, películas que por primera vez han sido presentadas en España, obtenidas en el Hospital Necker, de París, ha finalizado en el Hospital de la Santa Cruz y San Pablo el XVIII Curso de Urología sobre "Litiasis urinaria", que se ha desarrollado bajo la dirección del Dr. Puigvert, en el cual, además de los Médicos de dicho Instituto, han colabora-

do los Dres. Michón, de París, y Farreras, de Barcelona.

Como en los anteriores Cursos de Urología, al actual han asistido gran número de Urólogos de Madrid y provincias, así como de Argentina, Chile, Colombia, República Dominicana y Uruguay, lo que demuestra el gran interés de estas enseñanzas entre los urólogos españoles y americanos, que tanto prestigian al Hospital de la Santa Cruz y San Pablo.

CURSO DE SEMIOLOGÍA RADIOLÓGICA DEL APARATO URINARIO

Durante los días 1 al 30 del próximo mes de agosto, y explicado por el Dr. Picatoste Patiño, se celebrará en el Servicio de Urología de la Casa de Salud Valde-

donado su trabajo. Se ha llevado los enfermos con ella.

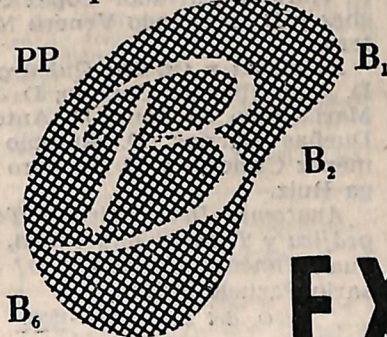
T. P.—Pero... ¡Bueno! Se acabaron las tonterías. Comencemos a trabajar. ¿Dice usted que están todos los enfermos ahí afuera?

Hortensia.—Todos, todos, no. Ha habido dos que se han dado cuenta de que no estaban lo bastante enfermos como para privarse de una tarde de Primavera como ésta y se han marchado.

T. P.—(A la vez.) ¡Eso sí que no lo podemos admitir!

Hortensia.—No les importe. Eran de la Mutua Previsora Agropecuaria. Sólo querían sacarle un poco de provecho a la póliza.

ác. pantoténico



Terapéutica específica de las carencias vitamínicas del complejo B.

**EXTRABÉ**

NOMBRE REGISTRADO



INSTITUTO FARMACOLOGICO LATINO, S. A. - MADRID

(Viene de la pág. anterior.)

de la humanidad en el orden físico, resultan un claro obstáculo, en realidad insuperable, para alcanzar una edad muy avanzada. De aquí es fácil pasar a la consecuencia de que salvando al organismo de enfermedades, es posible vivir mucho. Por eso siempre que nos encontramos ante un caso de longevidad extraordinaria empieza la investigación: ¿Qué come esta persona? ¿Qué bebe? ¿Fuma o ha fumado? ¿Hace alpinismo o vida sedentaria? ¿Duerme con la ventana abierta o cerrada?

Es, lo que suele decirse, el cuento de nunca acabar, porque las encuestas a base de ese cuestionario brindan los resultados más contradictorios entre sí. Hay centenarios que fuman sin parar y otros que no han fumado nunca, y hasta recuerdo haber visto el retrato de una anciana centenaria fumando en pipa. Hay centenarios que no han bebido nunca más que agua, y otros que se desayunan con su copita de aguardiente para lo que llaman "matar el gusanillo". Hay centenarios—aunque menos—que han escalado los Alpes, y otros que no se han paseado más que por el pasillo de su casa. No hay modo de obtener de esto una consecuencia general. Lo que suele hacerse es que cada cual deduce la conclusión que más le conviene para demostrar que tiene razón en las tesis que ha sostenido. Y si por casualidad—que yo lo dudó mucho—aparece algún centenario que afirma haberse desayunado con lechuga durante toda la vida, los vegetarianos organizan un repique general de campanas y salen a la calle dando saltos de gozo y proclamando que las chuletas a la brasa son una amenaza para la humanidad.

Nada de esto tiene un adarme de seriedad científica. Presupuestas las condiciones normales de sanidad, y aun faltando muchas de ellas a veces, la longevidad se funda en la impermeabilidad a los disgustos. Hay personas que en cuanto ven un disgusto a lo lejos, entran en una especie de frenesí gritando: "¿Que no lo toque nadie, que es para mí!" Y se lo llevan, desde luego. A consecuencia de él no duermen aquella noche, se les quita el apetito y les dan palpitaciones. Todo eso es una lima implacable de la existencia humana.

Los disgustos son inevitables como los catarros. Pero siempre hay una dosis de ellos que nos quieren dar y que nosotros estamos en el deber de no tomar. Y



## HORTENSIA Y LA PRIMAVERA

SANTIAGO LOREN

(Tanto Mejor y Tanto Peor salen cada uno de su despacho llamando a Hortensia.)

T. P.—¡Enfermera, enfermera!

T. M.—¡Hortensia!

T. P.—¿Pero dónde se ha metido esta mujer?

T. M.—Quizá esté charlando en

no tomándonos más que los disgustos indispensables, podemos, acaso, darles a nuestros parientes y amigos el disgusto que les producirá que vivamos más de cien años. Los sobrinos, esperando a ver qué pasa, y nosotros, ¡hala!, a vivir.



TERAPEUTICA DE TODOS LOS SÍNDROMES DE INSUFICIENCIA GONADO-HIPOFISARIA

**GONADOGEN**

NOMBRE REGISTRADO

Gonadotropina sérica de yeguas grávidas purificada y controlada por rigurosos métodos biológicos.



INSTITUTO FARMACOLOGICO LATINO, S. A. - MADRID

la sala de espera. (Se asoma.) ¡Demonios, esto es peor! ¡No hay enfermera ni enfermos!

T. P.—Vamos, hombre, no bromees! ¡Si estaba la sala llena! (Se asoma a su vez y luego mira a T. M., estupefacto.) ¡Ni uno! (Los dos doctores, mudos de asombro, se contemplan sin saber qué hacer.)

T. M.—(Con la voz ronca, por el estupor.) ¡No! Los dos locos no hemos podido volvernos. Tampoco es posible que seamos los protagonistas de una novela de Kafka. ¡Serenidad, serenidad! ¡Procedamos con orden! Esta es nuestra casa, ahí está el balcón, como siempre; a través del balcón tenemos que ver la plaza y la gente... (Se acerca al balcón, mira a través de los vidrios y da un grito.) ¡Ahí, ahí está!

T. P.—(Abalanzándose al balcón.) ¡Maldita mujer! ¡Sentada en un banco y con todos los enfermos alrededor, como una clueta con sus pollitos! ¡Esto sí que no se lo aguanto! (Salen los dos al balcón, vociferando.)

T. P.—¡Enfermera, enfermera!

T. M.—¡Hortensia, Hortensia!

(Parece ser que les ha oído, porque vuelven en silencio a la habitación y en silencio ominoso que anuncia tempestad esperan a pie firme la llegada de Hortensia.)

Hortensia.—(Entrando sonriente.) ¿Llamaban?

T. P.—Esta desfachatez ya pasa de la raya.

T. M.—Que desaparezca usted está muy mal; pero, ¡que se lleve a los enfermos...!

Hortensia.—No, si no me los he llevado. Han subido conmigo y están ahí afuera. Es que hacía un día tan bueno... Primer día bueno

de esta Primavera. El sol, los árboles todos verdes... Por otra parte, el doctor Tanto Peor estaba con su microscopio y usted tenía para rato con esas radiografías; los pobrecitos enfermos, arrugaditos en sus sillas y de espaldas al sol y a la Primavera. Total: que los he sacado de paseo, como hacen las maestras con los niños de las escuelas el primer día primaveral del año.

T. P.—¿Pero usted cree que esto es serio?

Hortensia.—¿Y por qué hemos de hacer sólo lo que parezca serio? ¿Por qué no hemos de obedecer más al impulso de las cosas que resultan agradables?

T. M.—Agradable para usted; ¿pero a los enfermos les ha gustado esta rara manera de esperar al médico?

Hortensia.—¿Que si les ha gustado? Mire usted: el viejecito ese que tuvo hace dos meses un infarto de miocardio me decía: "Esta es la primera vez en dos meses que me siento animoso y feliz." ¿Y saben ustedes por qué?

Porque los enfermos crónicos se ven obligados a pasarse las mejores horas de su existencia, las horas de sol y de alegría callejera, en las salas de espera y llegan a olvidarse de que la vida sigue, de que en la plaza hay niños jugando, gente con ilusiones y con esperanza, de que la salud no es algo raro, incomprensible para los que habitan el pequeño y doloroso mundo de las salas de espera.

¡Ah, si pudieran emplear como antesala de la consulta los parques públicos! ¡Qué grandes éxitos terapéuticos!

T. M.—¿Usted cree?

Hortensia.—¡Naturalmente! Sería muy distinto llamar a un señor cualquiera de los que estuviera mezclado con la muchedumbre alegre que se mueve bajo el cielo y el sol y decirle: "Venga usted un momento; parece que está un poco pachucho y tengo interés en dejarle nuevecito y fresco como los demás." En cambio, hacen falta muchas inyecciones y mucha ciencia para convencer a un alicaído ser, sumergido en una sala llena de enfermos, de que hay alguna posibilidad de sacarlo del abismo.

T. M.—Pero, imagínese... ¿Qué diría el Ayuntamiento si le pidiéramos los parques para estas cosas?

Hortensia.—Desde luego resulta difícil. También cabría la solución de citar a los enfermos uno por uno y a horas raras: las dos de la madrugada, un poco antes de cenar o algo así. Podríamos decirles: "Viva usted su vida, ha-

## INFORMACION SANITARIA



### CONGRESOS, ASAMBLEAS, CURSILLOS

#### XVIII CURSO DE UROLOGÍA, EN BARCELONA

Con la proyección de dos films, uno sobre Cistoscopia y otro sobre Uretroscopia, películas que por primera vez han sido presentadas en España, obtenidas en el Hospital Necker, de París, ha finalizado en el Hospital de la Santa Cruz y San Pablo el XVIII Curso de Urología sobre "Litiasis urinaria", que se ha desarrollado bajo la dirección del Dr. Puigvert, en el cual, además de los Médicos de dicho Instituto, han colabora-

ga sus cosas, distraíase y cuando le quede un ratito de tiempo venga a arreglarse esa cosilla del hígado. Todo menos hacer de la enfermedad centro de la existencia, ocupación principal de las horas del día, obsesión y angustia.

T. M.—¿Pero Hortensia! ¡Qué exaltación! Si parece usted un apóstol de nueva doctrina...

Hortensia.—Es la Primavera, doctor. Dispénsese.

T. P.—¡La Primavera, cuernos! ¿Es que ya está usted convencido? ¿Es que va a quedar esto así? Abandona su trabajo y encima le da usted la razón.

T. M.—En realidad, no ha aban-

do los Dres. Michón, de París, y Farreras, de Barcelona.

Como en los anteriores Cursos de Urología, al actual han asistido gran número de Urólogos de Madrid y provincias, así como de Argentina, Chile, Colombia, República Dominicana y Uruguay, lo que demuestra el gran interés de estas enseñanzas entre los urólogos españoles y americanos, que tanto prestigian al Hospital de la Santa Cruz y San Pablo.

#### CURSO DE SEMIOLOGÍA RADIOLÓGICA DEL APARATO URINARIO

Durante los días 1 al 30 del próximo mes de agosto, y explicado por el Dr. Picatoste Patiño, se celebrará en el Servicio de Urología de la Casa de Salud Valde-

donado su trabajo. Se ha llevado los enfermos con ella.

T. P.—Pero... ¡Bueno! Se acabaron las tonterías. Comencemos a trabajar. ¿Dice usted que están todos los enfermos ahí afuera?

Hortensia.—Todos, todos, no. Ha habido dos que se han dado cuenta de que no estaban lo bastante enfermos como para privarse de una tarde de Primavera como ésta y se han marchado.

T. P. y T. M.—(A la vez.) ¡Eso sí que no lo podemos admitir!

Hortensia.—No les importe. Eran de la Mutua Previsora Agropecuaria. Sólo querían sacarle un poco de provecho a la póliza.

ác. pantoténico



Terapéutica específica de las carencias vitamínicas del complejo B.

**EXTRABÉ**

NOMBRE REGISTRADO



INSTITUTO FARMACOLOGICO LATINO, S. A. - MADRID

(Viene de la pág. anterior.)

de la humanidad en el orden físico, resultan un claro obstáculo, en realidad insuperable, para alcanzar una edad muy avanzada. De aquí es fácil pasar a la consecuencia de que salvando al organismo de enfermedades, es posible vivir mucho. Por eso siempre que nos encontramos ante un caso de longevidad extraordinaria empieza la investigación: ¿Qué come esta persona? ¿Qué bebe? ¿Fuma o ha fumado? ¿Hace alpinismo o vida sedentaria? ¿Duerme con la ventana abierta o cerrada?

Es, lo que suele decirse, el cuento de nunca acabar, porque las encuestas a base de ese cuestionario brindan los resultados más contradictorios entre sí. Hay centenarios que fuman sin parar y otros que no han fumado nunca, y hasta recuerdo haber visto el retrato de una anciana centenaria fumando en pipa. Hay centenarios que no han bebido nunca más que agua, y otros que se desayunan con su copita de aguardiente para lo que llaman "matar el gusanillo". Hay centenarios— aunque menos— que han escalado los Alpes, y otros que no se han paseado más que por el pasillo de su casa. No hay modo de obtener de esto una consecuencia general. Lo que suele hacerse es que cada cual deduce la conclusión que más le conviene para demostrar que tiene razón en las tesis que ha sostenido. Y si por casualidad— que yo lo dudo mucho— aparece algún centenario que afirma haberse desayunado con lechuga durante toda la vida, los vegetarianos organizan un repique general de campanas y salen a la calle dando saltos de gozo y proclamando que las chuletas a la brasa son una amenaza para la humanidad.

Nada de esto tiene un adarme de seriedad científica. Presupuestas las condiciones normales de sanidad, y aun faltando muchas de ellas a veces, la longevidad se funda en la impermeabilidad a los disgustos. Hay personas que en cuanto ven un disgusto a lo lejos, entran en una especie de frenesí gritando: "¡Que no lo toque nadie, que es para mí!" Y se lo llevan, desde luego. A consecuencia de él no duermen aquella noche, se les quita el apetito y les dan palpitaciones. Todo eso es una lima implacable de la existencia humana.

Los disgustos son inevitables como los catarros. Pero siempre hay una dosis de ellos que nos quieren dar y que nosotros estamos en el deber de no tomar. Y



## HORTENSIA Y LA PRIMAVERA

SANTIAGO LOREN

(Tanto Mejor y Tanto Peor salen cada uno de su despacho llamando a Hortensia.)

T. P.—Enfermera, enfermera!

T. M.—¡Hortensia!

T. P.—¿Pero dónde se ha metido esta mujer?

T. M.—Quizá esté charlando en

no tomándonos más que los disgustos indispensables, podemos, acaso, darles a nuestros parientes y amigos el disgusto que les producirá que vivamos más de cien años. Los sobrinos, esperando a ver qué pasa, y nosotros, ¡hala!, a vivir.



TERAPEUTICA DE TODOS LOS SINDROMES DE INSUFICIENCIA GONADO - HIPOFISARIA

**GONADOGEN**  
NOMBRE REGISTRADO

Gonadotropina sérica de yeguas grávidas purificada y controlada por rigurosos métodos biológicos.



INSTITUTO FARMACOLOGICO LATINO, S. A. - MADRID

la sala de espera. (Se asoma.) ¡Demonios, esto es peor! ¡No hay enfermera ni enfermos!

T. P.—¡Vamos, hombre, no bromees! ¡Si estaba la sala llena! (Se asoma a su vez y luego mira a T. M., estupefacto.) ¡Ni uno! (Los dos doctores, mudos de asombro, se contemplan sin saber qué hacer.)

T. M.—(Con la voz ronca, por el estupor.) ¡No! Los dos locos no hemos podido volvernos. Tampoco es posible que seamos los protagonistas de una novela de Kafka. ¡Serenidad, serenidad! ¡Procedamos con orden! Esta es nuestra casa, ahí está el balcón, como siempre; a través del balcón tenemos que ver la plaza y la gente... (Se acerca al balcón, mira a través de los vidrios y da un grito.) ¡Ahí, ahí está!

T. P.—(Abalanzándose al balcón.) ¡Maldita mujer! ¡Sentada en un banco y con todos los enfermos alrededor, como una clueta con sus pollitos! ¡Esto sí que no se lo aguanto! (Salen los dos al balcón, vociferando.)

T. P.—¡Enfermera, enfermera!

T. M.—¡Hortensia, Hortensia! (Parece ser que les ha oído, porque vuelven en silencio a la habitación y en silencio ominoso que anuncia tempestad esperan a pie firme la llegada de Hortensia.)

Hortensia.—(Entrando sonriente.) ¿Llamaban?

T. P.—Esta desfachatez ya pasa de la raya.

T. M.—Que desaparezca usted está muy mal; pero, ¡que se lleve a los enfermos...!

Hortensia.—No, si no me los he llevado. Han subido conmigo y están ahí afuera. Es que hacía un día tan bueno... Primer día bueno

de esta Primavera. El sol, los árboles todos verdes... Por otra parte, el doctor Tanto Peor estaba con su microscopio y usted tenía para rato con esas radiografías; los pobrecitos enfermos, arrugaditos en sus sillas y de espaldas al sol y a la Primavera. Total: que los he sacado de paseo, como hacen las maestras con los niños de las escuelas el primer día primaveral del año.

T. P.—¿Pero usted cree que esto es serio?

Hortensia.—¿Y por qué hemos de hacer sólo lo que parezca serio? ¿Por qué no hemos de obedecer más al impulso de las cosas que resultan agradables?

T. M.—Agradable para usted; pero a los enfermos les ha gustado esta rara manera de esperar al médico?

Hortensia.—¿Que si les ha gustado? Mire usted: el viejecito ese que tuvo hace dos meses un infarto de miocardio me decía: "Esta es la primera vez en dos meses que me siento animoso y feliz." ¿Y saben ustedes por qué? Porque los enfermos crónicos se ven obligados a pasarse las mejores horas de su existencia, las horas de sol y de alegría callejera, en las salas de espera y llegan a olvidarse de que la vida sigue, de que en la plaza hay niños jugando, gente con ilusiones y con esperanza, de que la salud no es algo raro, incomprensible para los que habitan el pequeño y doloroso mundo de las salas de espera. ¡Ah, si pudieran emplear como antesala de la consulta los parques públicos! ¡Qué grandes éxitos terapéuticos!

T. M.—¿Usted cree?

Hortensia.—¡Naturalmente! Sería muy distinto llamar a un señor cualquiera de los que estuviera mezclado con la muchedumbre alegre que se mueve bajo el cielo y el sol y decirle: "Venga usted un momento; parece que está un poco pachuco y tengo interés en dejarle nuevecito y fresco como los demás." En cambio, hacen falta muchas inyecciones y mucha ciencia para convencer a un alicaído ser, sumergido en una sala llena de enfermos, de que hay alguna posibilidad de sacarlo del abismo.

T. M.—Pero, imagínese... ¿Qué diría el Ayuntamiento si le pidiéramos los parques para estas cosas?

Hortensia.—Desde luego resulta difícil. También cabría la solución de citar a los enfermos uno por uno y a horas raras; las dos de la madrugada, un poco antes de cenar o algo así. Podríamos decirles: "Viva usted su vida, ha-

## INFORMACION SANITARIA



### CONGRESOS, ASAMBLEAS, CURSILLOS

#### XVIII CURSO DE UROLOGÍA, EN BARCELONA

Con la proyección de dos films, uno sobre Cistoscopia y otro sobre Uretroscopia, películas que por primera vez han sido presentadas en España, obtenidas en el Hospital Necker, de París, ha finalizado en el Hospital de la Santa Cruz y San Pablo el XVIII Curso de Urología sobre "Litiasis urinaria", que se ha desarrollado bajo la dirección del Dr. Puigvert, en el cual, además de los Médicos de dicho Instituto, han colabora-

ga sus cosas, distraíase y cuando le quede un ratito de tiempo venga a arreglarse esa cosilla del hígado. Todo menos hacer de la enfermedad centro de la existencia, ocupación principal de las horas del día, obsesión y angustia.

T. M.—¿Pero Hortensia! ¡Qué exaltación! Si parece usted un apóstol de nueva doctrina...

Hortensia.—Es la Primavera, doctor. Dispénsame.

T. P.—¿La Primavera, cuernos! ¿Es que ya está usted convencido? ¿Es que va a quedar esto así? Abandona su trabajo y encima le da usted la razón.

T. M.—En realidad, no ha aban-

do los Dres. Michón, de París, y Farreras, de Barcelona.

Como en los anteriores Cursos de Urología, al actual han asistido gran número de Urólogos de Madrid y provincias, así como de Argentina, Chile, Colombia, República Dominicana y Uruguay, lo que demuestra el gran interés de estas enseñanzas entre los urólogos españoles y americanos, que tanto prestigian al Hospital de la Santa Cruz y San Pablo.

#### CURSO DE SEMIOLOGÍA RADIOLÓGICA DEL APARATO URINARIO

Durante los días 1 al 30 del próximo mes de agosto, y explicado por el Dr. Picatoste Patiño, se celebrará en el Servicio de Urología de la Casa de Salud Valde-

donado su trabajo. Se ha llevado los enfermos con ella.

T. P.—Pero... ¡Bueno! Se acabaron las tonterías. Comencemos a trabajar. ¿Dice usted que están todos los enfermos ahí afuera?

Hortensia.—Todos, todos, no. Ha habido dos que se han dado cuenta de que no estaban lo bastante enfermos como para privarse de una tarde de Primavera como ésta y se han marchado.

T. P. y T. M.—(A la vez.) ¡Eso sí que no lo podemos admitir!

Hortensia.—No les importe. Eran de la Mutua Previsora Agropecuaria. Sólo querían sacarle un poco de provecho a la póliza.

ác. pantoténico

PP

B<sub>1</sub>

Terapéutica específica de las carencias vitamínicas del complejo B.

B<sub>2</sub>

B<sub>6</sub>

**EXTRABÉ**

NOMBRE REGISTRADO



INSTITUTO FARMACOLOGICO LATINO, S. A. - MADRID